

*Manuel Alvar*

## «Literatura sefardí»

El ex director de la Real Academia Española Manuel Alvar impartió en la Fundación Juan March, entre el 22 y el 29 de noviembre del pasado año, un ciclo de cuatro conferencias sobre «Literatura sefardí: la vieja tradición sefardí» (martes 22); «La tradicionalización de textos literarios» (jueves 24); «El ladino» (lunes 28); y «La literatura en ladino» (martes 29 de noviembre). Se ofrece a continuación un resumen de las conferencias.

La literatura que los sefardíes han escrito en ladino está dentro de una tradición que se empieza en el siglo XIII y que continúa hasta hoy. El trasfondo religioso mantiene esa tradición que va repitiéndose, pero hay otra que es la perseverancia de unas voces, de unos cantos y de una sabiduría que está en nuestro pueblo. Porque aquellos judíos de Castilla o de Aragón eran españoles y recibieron la cultura que se iba elaborando en el solar que compartían con los cristianos: su lengua era la misma y su cultura era la misma, salvando lo que cada religión tenía de específico.

Si dejamos las cuestiones lingüísticas, nos acercaremos a las literarias. En ellas vuelve a asomar —y de qué modo— la palabra tradición. La tradición es solidaridad, la más emocionante de todas, porque está labrada de generosidades. Es el amor a quienes nos conformaron, pero a quienes no podemos conocer; amor a lo que es digno de ser conservado y a lo que hemos de legar. Por eso no me convence separar a los sefardíes de la lengua de los cristianos y, sin embargo, aferrarlos ahincadamente con toda la tradición poética o folclórica de sus vecinos. Creo que no se puede separar la lengua de las otras tradiciones, pues están entreveradas y no se pueden deslindar. Eso que llamamos tradición —lo que recibimos y lo que legamos— es lo que constituye nuestra cultura de hoy.

Asomarse al mundo sefardí es escudriñar amorosamente nuestro pasado, porque ahí están canciones y romances que nosotros hemos perdido, rasgos lin-

güísticos tercamente conservados o la fidelidad que denuncian sus cuentos y refranes. Todo ello es bien sabido y, si por sabido no resulta sorprendente, no por ello deja de emocionar cada nuevo reencuentro. Me recuerdo en Tetuán, junto a la gran sinagoga, con mis veinticinco años, y venían a mi vera mujeres ajadas por la edad. Entre recitado y canturía iban desgranando sus saberes: yo transcribía y transcribía. Era un cuadro, digámoslo sin rebozo, un espléndido cuadro de literatura española: era ni más ni menos que nuestra tradición, la nuestra, la que cristianos y judíos labramos juntos y aprendimos de la misma manera, la que ha dado sentido diferente a una parte, hermosísima, de la poesía que se expresa en español.

El romancero en manos de los judíos recuperó su origen de «poesía noticiara de sucesos actuales, ruidosos, señalados», y esto vale tanto para Levante como para Marruecos. Allí sirve para cantar la muerte de Behar Carmona a manos de unos armenios, aquí para narrar la vida heroica de Sol Hachuel, por más que una y otra composición no tengan el carácter de romance. En el año 1830 una hermosa muchacha judía, Sol, abjuró de su fe engañada por añagazas de los musulmanes. Al conocer el fraude volvió a la religión de sus padres. Muley Abderramen, sultán de Marruecos, prometió a la joven tangerina toda clase de bienes terrenales a cambio de la fe profesada. Sol Hachuel sufrió martirio y en Fez está su tumba, sobre la que las mujeres hebreas piden fecundidad.

(Por cierto, con el reinado de Isabel II, con motivo de la presencia española en Marruecos se mejoró la situación de los judíos marroquíes. A este respecto quisiera recordar la carta [que se reproduce a continuación] que en 1860 dirigió un judío tetuaní al general O'Donnell, y en ella se percibe una confianza hacia los nuevos amigos, que en modo alguno hubiera podido existir con los moros que sometían a los sefardíes a un trato ignominioso.)

*Señor Excelentísimo. Dios sea contigo; y Abraham, Isaac y Jacob me inspiren a hablar bien. Yo Jacob Leví te pido justicia. Y amparo, porque soy desvalido. Y consuelo, porque estoy triste. Y auxilio, porque soy pobre. Fortaleza, porque soy débil. Dame, pues, Señor, la justicia que te pido, porque haréis bien. Mi padre, muy anciano, vive de mi trabajo. Y dos hijas, que son niñas. Y mi trabajo es mi sustento. Y mis bienes son una tienda. Y me la quieren quitar los que son fuertes. Y tú que eres más fuerte, porque eres más justiciero, puedes más que ellos. Y, por eso, Señor, acudo a tí. Tú tienes la sabiduría y el valor porque ganaste a Tetuán y Tetuán es tuyo. Y tú eres de España. Y España es de tu reina. Y tu reina eres tú aquí. ¡Hazme justicia, Reina de España! Jacob Leví.*

Acerquémonos a otra tradición. Durante muchos años, los investigadores de la poesía sefardí no dieron importancia a otra cosa que a los cantos narrativos del romancero. Sin embargo, desde 1896 eran conocidas algunas canciones de boda que, monótonamente, se copiaban de libro en libro, pero nunca se les asignaba un puesto dentro de nuestra historia literaria. Antes de la Segunda Guerra Mundial, apenas si conocíamos más allá de una treintena de textos de Esmirna, de Salónica o de Rodas y algunos menos de

Marruecos. En mis andanzas recogí 57 cantos de boda. De algunos de ellos varias versiones. Y lo que interesa es ver cómo han conservado multitud de rasgos de nuestra vieja literatura. Romancero, endechas, epitalamios, toda la tradición de nuestra poesía viva, más mucho más que entre nosotros, en los judíos que la han mantenido inalienablemente durante más de 500 años.

### *Tradicionalización de textos literarios*

La poesía tradicional es una poesía de origen popular o culto, transmitida y reelaborada en los distintos momentos de su realización. Así, pues, hay una poesía de transmisión oral que sólo vive en sus variantes y otra culta que puede acceder a las fraguas donde la poesía tradicional nace y tradicionalizarse, como si de un texto oral se tratara. Claro que nuestra perspectiva puede modificar lo que es una visión muy cerrada, porque hay textos anónimos que, tras sufrir diversos procesos de tradicionalización, nos han llegado a nosotros en una situación digamos estable y que, desde ella, han sufrido una neo-tradicionalización. Así, un fragmento de las *Mocedades de Rodrigo* que desde la *Crónica rimada* o *Refundición* del cantar de gesta tuvo una afortunada buena andanza literaria.

Es necesario recordar a Paul Bénéchou, que señaló como antecedente del texto judeo-español unos famosísimos versos («El buen rey don Fernando par fue de emperador;/ mandó a Castilla Vieja, et mandó a León/...»). Son versos de hacia 1365, pero anterior es una versión prosificada que figura en la *Crónica de los Reyes de Castilla* y en la *Crónica de 1344*. Seguir los pasos de estos versos épicos por crónicas y crónicas es un apasionante quehacer, pero lo sorprendente es encontrar cómo los judíos españoles han transmitido una tradición que figuró en los romances del siglo XVI y que, reelaborada de una u otra forma, es la que todos hemos recogido no pocas veces entre las recitadoras marro-



**Manuel Alvar** (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española. Es Premio Nacional de Literatura y autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios. Entre sus obras figuran los Atlas Lingüísticos del Español. Preparó en 1977 la edición, en tres volúmenes, del *Libro de Apolonio*, publicada por la Fundación Juan March y la Editorial Castalia.

quies («Rey Fernando, rey Fernando, de Toledo y Aragón, / a pesar de los franceses dentro de la corte entró. /...»).

He querido seguir la literatura, y la lengua, de los sefardíes y he visto cómo la tradición ha aunado el quehacer de los sabios y los cantos del pueblo. Dos tipos de realización literaria harto diferentes, pero que se han cobijado bajo el manto único que les ha permitido vivir durante siglos y al que llamamos tradición.

Porque la tradición es la eternidad a través de la palabra; algo que no es anulación del «valor de contraste de las formas culturales, incluso de las más eximias, por el rápido proceso de integración en la circulación, en el uso», sino que, por el contrario, es la pervivencia de unos moldes culturales que —en definitiva— permiten la libertad del hombre. En ese intento de salvar nuestra contingencia está la continuidad del le-

gado de quienes nos precedieron.

Necesitamos ser archivos de experiencias que nos ayuden a vivir y que, por ajenas, podamos compartir; necesitamos ser el cofre de tesoros infinitos que han legado quienes nos precedieron y que debemos entregar perhinchidos; necesitamos la comunicación que nos ayude a compartir esfuerzos y a aliviar inquietudes. Ahí están la lengua y la elaboración cultural. Espejo y alinde para que recojamos la imagen de quienes nos permitieron ser y para que veamos si los merecimos.

### *El ladino*

La creación de una lengua culta debe enfrentarse con mil problemas erizados de dificultades. Y muchos más si lo que se intenta es verter la Biblia a un idioma moderno y verterla desde los textos originales y no desde intermediarios que ayudan al quehacer, aunque existan. Lenguas de carácter en nada semejante, con un vocabulario de muy difícil correspondencia, sin existir la arqueología, con una filología más que rudimentaria, carentes de los conocimientos históricos que hoy poseemos, etc.

¿Pensamos alguna vez en la gran aventura intelectual que esto significa? ¿Y en los logros que se consiguieron hace, casi, ochocientos años? Porque lo que sorprende es el valor de aquellos sabios y la audacia con que resolvieron los problemas. Fueron elaborando una lengua según las exigencias que requería el texto y adaptaron el hebreo o revisaron su latín o reacomodaron el romance. Y no terminan aquí las zozobras que asaltaron a tales eruditos, sino que, además, tuvieron que afrontar las dificultades inherentes a la propia fe. Porque los cristianos podían desentenderse de lo que los judíos interpretaran, porque ellos poseían una verdad revelada, pero los hebreos tenían que salvar su propia verdad, sin que la modificaran los tamices de la nueva religiosidad y esto nos lleva a la creación de una lengua sacralizada, que poco o nada tiene que ver con la lengua

coloquial y que —como un fósil— durará durante siglos, hasta hoy: el ladino.

El término *ladino* como 'judeo-español', aunque no generalizado, se ha extendido modernamente. La documentación antigua acredita que *ladino* es, lisa y llanamente, la 'lengua en la que se escribían los textos religiosos'. Quiero señalar un texto básico, que es fundamental: el *ladino* no ha sido nunca una lengua hablada, sino la traducción «verbo a verbo» del hebreo o del arameo al español de textos bíblicos o de oraciones rituales.

Los judíos españoles se encontraron con la necesidad de identificarse con la verdad revelada, y tradujeron palabra por palabra; quisieron comunicar más fácilmente el sentido bíblico y buscaron la lengua por todos conocida. La *Biblia* de Ferrara es la obra capital de la literatura ladina por una serie de motivos: los personajes que en ella participaron, el propio origen de su texto, la influencia que ejerció entre los protestantes españoles y las reediciones que de ella se hicieron y los textos que de ella salieron y se propagaron independientemente. [Sobre la *Biblia* de Ferrara trata el artículo que el profesor Alvar ha escrito en «SABER/Leer», revista crítica de libros de la Fundación Juan March, en su número correspondiente a este mes de marzo.]

### *La literatura en ladino*

Los sabios de Ferrara mantienen su fidelidad a la verdad hebraica, pero respetan el juicio de la curia romana porque mantuvieron su apego a los textos latinos y «de las hebraicas las más antiguas que de mano se pudiera hallar». Hay, pues, un respeto a la tradición hebraica forzada por la traducción de verbo a verbo que obliga a un indudable arcaísmo, pero no echemos en saco roto que se tuvieron en cuenta los traslados latinos, antiguos y modernos, con lo que tendríamos un nivel en el que la traducción se presentó sin contaminación de lenguaje extraño y, en ocasiones, con una adaptación a lo que fue la traducción verbo a verbo. Este procedimiento se denuncia en otros

textos ladinos.

El *Orden de bendiciones*, de 1687, está transido de cultismos (*absolución, adquiridor, alegorizar, amicitia, generación, glorificado*, etc.). Se trata de una culminación que venía de mucho antes: tomemos el *Libro de oraciones de todo el año traducido del hebraico de verbo a verbo*. El riquísimo texto es un testimonio muy complejo, pues los impresos en la lengua sagrada «están errados». Así escribía en 1552 Yom Tob Atías (=Jerónimo de Vargas), hijo de Leví Atías, y no hacía sino repetir, 130 años después, lo que el Rabí Mosé Arragel de Guadalajara había escrito al frente de su *Biblia*: los textos sagrados eran leídos y glosados, ni más ni menos que las lecciones de cátedra; más aún, las lecturas y comentarios se repetían con reiteración.

Las quejas del *Libro de oraciones* no eran baladís y la lengua tenía que restituirse a su verdad para que resultara en su primitivo estado. Hubo que hacer filología para que los textos volvieran a su auténtico valor. Y es en este momento cuando los sabios de Ferrara y sus seguidores asentaron sus principios, que no resultaron inmutables: en su versión, a pesar de cuantas ayudas buscaron, tuvieron que marcar con asterisco las palabras cuya declaración no era segura y, entre paréntesis, tuvieron que encerrar lo que «es fuera de las letras hebraycas».

El estudio del *Orden de bendiciones* de 1687 es interesante por sí mismo, pero importante por la trascendencia que cobra al situarlo en el marco de la literatura ladina. Entonces podemos encontrar sentido a este modo de traducir, más allá del puramente religioso que tienen las traducciones del verbo a verbo. Se ve cómo una lengua, tan artificial como se quiera, está arraigada en la historia de otra nada ficticia, sino conocida en todos sus procesos. Hemos encontrado que el ladino de que se sirve esta literatura coincide con lo que ya sabíamos de estas versiones hechas palabra a palabra desde el hebreo.

Digamos que se encuentra dentro de una tradición a la que es fiel, a pesar de

las reservas que se formularon contra ella: digamos tradición ferrarense; sin olvidar que la Biblia de Ferrara tiene una hermosa impresión en Amsterdam, con diferencias que deberán estudiarse. Esta filiación se manifiesta a lo largo de todo el texto y, también, en la *Hagadá* que, si original en su léxico, no lo es en los recursos de la traducción.

En estos criterios son significativos los usos del artículo o su elisión, los empleos de las formas participiales, la supresión de los verbos *ser* y *estar* o las repeticiones de palabras. Rasgos todos caracterizadores del ladino y que encontramos en estas páginas piadosas, incluida la lectura ritual de Pascua. Gracias a esto podemos considerar el ladino en una visión de conjunto, aunque, luego, las características especiales de la *Hagadá* nos permitan alguna conclusión de carácter más particular. Y, si queremos entender esta literatura en ladino, no debemos olvidar su carácter religioso y doctrinal. Digamos obligación de los creyentes y algo que sitúa este libro en un ámbito que es religioso, sí, pero que responde a unas condiciones sociales derivadas de la diáspora.

Y es que el *Orden de bendiciones* es más que literatura en ladino. Me he referido varias veces a las vaharadas de vida que nos hace llegar desde aquellas casas que tienen corral, bodegas, baño, aposentos con puertas y puertas con umbral, dintel, techo abovedado, y postes en los que se clava la *mesusá* (págs. 192-193). Y esas casas estaban habitadas por hombres que hablaban y escribían. Su lengua es, precisamente, lo que se ha intentado escuchar a través de la letra escrita.

Nos queda en estas páginas el testimonio de unas gentes que viven las contingencias de cada día: boda y circuncisión, dolencias y alumbramientos, peregrinaciones y muerte. La vida del hombre en todas sus manifestaciones, tantas que nos sentimos dentro de aquellas comunidades que, en el destierro seguían hablando en español y esperaban a la muerte con «palabras de verdad».

Esta literatura en ladino fue, pues,

más que los textos sagrados que conocemos; se acercó a la vida profana y pervive en los textos rituales. Ninguno con la trascendencia de las *Hagadot de Pesah*. Hace años compré una de ellas en Tetuán (1949) y su estudio me permitió compararla con otras de Amsterdam (1813), Liorna (1903), Viena (s.a.), Salónica (1939 y 1970), Estambul (1962). La *Hagadá* marroquí se inclina por una tradición arcaizante, inspirada en la tradición del *Libro de oraciones* y de la *Biblia* ferrarense.

Ahora bien, hablar de arcaísmo no es sólo identificar un léxico religioso, sino, además, establecer los nexos de todo su vocabulario. En este sentido, el texto que nos ocupa presenta una serie de arcaísmos, que pertenecieron a la lengua común, y que hoy no se usan o, cuando más, han quedado relegados a las hablas más rústicas y arcaizantes. Cierto que esto no quiere decir que sean arcaísmos o dialectalismos castellanos sin más; antes al contrario, sirven para demostrar que esa forma de traducir a la que llamamos ladino se fue elaborando desde muchos siglos atrás y no es otra cosa que la versión al castellano (en un principio) y al español (después) de los textos hebreos. Lógicamente los judíos sabían la misma lengua que los cristianos y la hablaban lo mismo que ellos, salvo en el léxico que tiene que ver con los actos rituales del tipo que sean; porque sabían y hablaban la lengua de los cristianos, sus libros tienen el léxico castellano que figura en las versiones bíblicas alfonsíes y, por el estatismo de la lengua ritual, conserva elementos arcaizantes que, en el siglo XVIII, sufrieron un fuerte ataque de modernización.

La *Hagadá* marroquí pertenece a la tradición judeo-española de las versiones palabra por palabra de los libros sagrados o rituales. Conserva, por tanto, una buena cantidad de construcciones que son hebraísmos sintácticos, arcaísmos castellanos de enorme antigüedad y términos acuñados por las versiones ladinas que, ya en el XVIII, se veían como incomprensibles antiguallas, muchas de ellas inventadas por los traductores. □